

Diamela Eltit

Nació en Santiago en 1949. Entre otras novelas ha publicado *Lumpérica*, *El cuarto mundo*, *Por la patria* y *Los vigilantes*.



Pero detengo con gran dificultad mi lengua y entre una oleada de pánico recuerdo la traición. Caen sobre mí las mentiras con las que ocultaste la traición. Habrás de morir, aunque yo sé que tu muerte contiene la mía.

—"Tu muerte contiene la mía" —te digo— "cuando se precipite el instante sangriento de tu cuerpo será idéntico a mi último momento pleno".

Sonríes de manera irónica. Piensas que alardeo. No reparas que por esta vez te he dicho la verdad. Te mueves intentando incorporar la pornografía en el contorno de tus miembros. Conozco con la palma de mi mano cada uno de tus miembros y la vasta pornografía que contienen. Me miras y suspiras y finges frío y te empiezas a desnudar de una manera que parece casual, pero yo sé cuánto has estudiado la caída de cada una de las prendas empapadas que te cubren.

(Tan obscena ante mí. Cómo evitarte).

Entras a mi cama y me abrazas y te ofreces a mí esta noche mientras musitas en mi oído palabras irreproducibles. Nunca has entendido de qué manera algunas veces me ofende la procacidad de tus palabras. Tu pelo mojado me roza el rostro y, sin embargo, el penetrante calor que de ti emana, impide el hielo. Tu cuerpo se trepa encima de mi cuerpo y entiendo que me pides buscarte entre las piernas, pero me dejas al borde del ahogo y te separas de mí y te tiendes en la cama.

Te tiendes en la cama, a mi lado, y tus ojos brillan oscuramente ansiosos. Estás tendida, a mi lado, esperando que se desencadene en mí la pasión que me provocas. Esperas una pasión que conoces y sabes que la única posibilidad será hundirme entre tus piernas. Me inclino sobre ti e indago brevemente en el fondo, muy al fondo de tus ojos oscurísimos. Te obedezco.

Pongo mi lengua entre tus piernas y recibo en mi boca toda tu caliente, plena, aguda agitación.

Pero me retiro y espero que tu ira me amenace.

Te veo consternada. Te sabes consternada e intentas con un gesto interrogarme. Te repliegas hasta la orilla de cama.

—"¿Qué te pasa?"— me preguntas.

—"¿Qué me pasa?"— te respondo.

Necesito una pastilla. Me levanto de la cama y la encuentro lealmente en mi bolsillo. Una y otra pastilla para que un golpe en mi cerebro atenúe hasta volver demasiado móvil la estabilidad de la pieza. Mi cabeza da vueltas sobre sí misma y me advierte que necesito consumir un sueño pues si no lo hago mi vida va a carecer para siempre de sentido. Tu traición se da vueltas en la cama. Tu cuerpo se da vueltas y se invierte en una monstruosidad concreta. Recuerdo cómo me atacaste, cuánto persigues destruirme.

—"Háblame de tu amante"—te pido con una voz que sé que ya no me pertenece—. "Háblame de lo quieras. Háblame de tu amante."

Pero permaneces en silencio y empiezas a treparte, a enredarme, confundiendo mis brazos y mis piernas, intentando envolverme como una mala hierba. Te empujo sin renunciar a la delicadeza porque estás abrumándome y te resistes y yo sé que lo que pretendes es acallar mi boca con tus labios. Pongo mi mano sobre tu boca.

—"Tu amante"— te ordeno.

—"No podemos"— me dices— "tú sabes que nosotros no podemos y que has prolongado y prolongado inútilmente la consumación de este momento".

No resistes mi silencio, te incomoda mi indiferencia ante tu cuerpo. Por fin te decides y como una forma de venganza inicias tu relato y me hablas de tu amante. Te escucho en medio de una impasibilidad aparente.

Al principio titubeas, merodeas entre unas imágenes totalmente imprecisas, pero tu propia energía empieza a empujarte hasta que te extiendes y te dejas caer en la trampa del detalle. Te estás entrapando, te sigues entrapando en tu avidez por pormenorizar ante mí lo imperdonable y no puedes evitar otorgarle nitidez a la dimensión de tu propia vanidad. Me dices, profundizas otra vez lo dicho y me hablas sin tregua de lo que no quiero oír. Del goce es de lo que me estás hablando. Cometes el error de hablar ante mí de tu propio goce. Me describes las habilidades de tu amante en esta noche y más me hablas y no percibes cómo más y más te refieres a tu muerte.

Te entiendo. Pero un espacio de la realidad sigue confusamente móvil, circular, alejando y a la vez acercando tus palabras. No es tu amante, lo sé bien, quien ha venido a condenarte, son tus palabras y tu deliberación, es tu cuerpo banal en el que está inscrita la memoria corporal de mi padre. Es toda su hostilidad la que traes a mi vista. Es su póstuma voluntad de derrumbarse.

Has hablado a lo largo de una hora. Toda una hora dedicada a enfatizar tus estúpidas capacidades. Me doy cuenta que ya no soy capaz de retener ninguna de tus frases. Sin que yo mismo sea el que decida, mi mano busca tu cadera, se desliza a lo largo de toda tu cadera para retener en la memoria de mi mano tu cadera. Te recorro con una cuidadosa paciencia con mi mano y subo hasta uno de tus pechos. Mi boca te requiere y tu mordida, artera y salvaje, ni siquiera me sorprende. Permanezco con las huellas de tus dientes palpitantes y agarrotadas en el borde de mi labio, siento que me has desprendido un fragmento de piel y ni siquiera me causa curiosidad la posibilidad de auscultar en la plenitud de mi propia sangre.

—"Tienes un amante" — te murmuro al oído— "lo buscaste sólo para obedecer a la voz muerta de tu padre".

—"Sí" — me contestas— "así lo hice".

En medio de una ráfaga, me invade una tumultuosa gresca familiar, unos cuervos, unas figuras tétricas vestidas con una increíble modestia: un grito. Una constelación odiosa de mediocres sobrevivientes gimen ante mí en un desafinado coro. Me colma el bullicio insoportable de esta multitud que no sirvo para nada ah sí de dónde sacaste que no sirvo para nada y acaso no sabís Patricio que ni siquiera podría legitimar al chiquillo que ni siquiera podríamos tener un chiquillo y para qué querís que te haga un chiquillo y la plata que tenía en la cartera te la robaste ladronzuelo de mala catadura loco de mierda.

Fragmento de la novela **LOS TRABAJADORES DE LA MUERTE**.